

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 58 AÑO 2006

TEMA 4: BAYREUTH. FAMILIA WAGNER. PROTECTORES.

TÍTULO: **HEIL MIR, DASS ICH DIR WIEDERFINDE!!**
AGOSTO 2005, SEGUNDO VIAJE A BAYREUTH

AUTOR: *German Ereña*

Guardábamos un extraordinario recuerdo de nuestra primera visita a Bayreuth; la primera vez siempre es algo muy especial y tal vez todavía algo más, por tratarse de una peregrinación a la Colina Verde, una meta tan idealizada por los wagnerianos. En aquella ocasión, agosto de 2002, fue una visita muy corta en la que además de dos representaciones en el Festspielhaus, apenas pudimos conocer la ciudad, aunque por supuesto no dejamos sin ver la Villa Wahnfried, hoy Museo Richard Wagner y el Teatro de Ópera de los Margraves.

Esta vez, tres años más tarde, hemos podido disfrutar de Bayreuth y su Festival durante una semana y pasar tres tardes en el hermoso Festspielhaus con las románticas *Holandés*, *Tannhäuser* y *Lohengrin*; pero lo más destacable, sin duda, fue la fenomenal amistad y buen ambiente que disfrutamos en todos esos días los tres amigos del viaje.

El martes 23 de agosto salí temprano del aeropuerto de Bilbao dirección Barcelona para partir de aquí a media mañana hacia Munich. Cuando me acercaba a la ciudad condal pude contemplar en imponente macizo de Montserrat a mi izquierda y comencé a recordar los buenos momentos pasados allí durante mi primera visita al Santuario de la patrona catalana y la pequeña excursión por los montes cercanos, junto con mi esposa Begoña y amigos de la *Associació*, Jordi, María y Juan Carlos, aprovechando una representación de *Parsifal* en el Liceu barcelonés a finales de enero, gentileza del Dr. Aran.

Una vez abandonado el funicular que nos llevó hasta la cima de la sierra, comenzamos la bajada a pie hacia el Santuario. Hacía una mañana muy fresca pero totalmente despejada. Cuando estábamos hacia mitad de camino,

María nos preguntó: ¿Os imagináis encontrarnos ahora con el errante Parsifal en busca de Monsalvat? Puesto que efectivamente, nos encontrábamos en “los dominios del Grial”...

En el aeropuerto de Munich me esperaban mis amigos César y Joaquín procedentes de Vigo. Para Joaquín este era su primer viaje a Bayreuth y estaba entusiasmado porque su sueño se haría realidad en breve: peregrinar a la ciudad elegida por Wagner donde edificó el Teatro ideal para la representación de sus obras musicales.

Alquilamos allí mismo un coche y dos horas más tarde llegábamos a nuestro hotel de Bayreuth situado en la Eduard Bayerlein Strasse. El cielo estaba totalmente cubierto y nos pilló un fuerte chaparrón pasando Nuremberg que desapareció al llegar a nuestro destino.

Dejamos rápidamente el equipaje en la habitación y después de improvisar unos bocatas salimos a recorrer la ciudad en coche, interesándonos primeramente en dar con la oficina de alquiler de coches para entregarlo el día siguiente y que se encontraba en la Bernecker Strasse, barrio de St. Georgen, al este del Festspielhaus , que sería nuestra próxima parada. Subimos por la Parsifal y Knappertsbusch Strasse -la Siegfried Wagner Allee, que llega directamente a la colina, queda cerrada comenzado el primer acto de la función- para aparcar el coche en un callejón sin salida cercano al parking trasero del Teatro. Bajamos por un bonito jardín y cada vez con más emoción nos acercamos al edificio, el “viejo granero”, que lleva en pie casi 130 años. Había comenzado el primer entreacto de Parsifal. Nos mezclamos entre el público elegante que paseaba por las inmediaciones y esperamos a que empezaran a sonar las fanfarrias anunciando el comienzo del segundo acto, que escuchamos completas y sin prisas, pues esta tarde no entrábamos en la sala. La plazoleta quedó desierta y pudimos ojear tranquilamente entre las tiendas cercanas y tomarnos la primera cerveza en Alemania en una de las cafeterías que quedan a la derecha.

Terminado el segundo acto nos acercamos a la entrada Real. Entre sus columnas habíamos quedado con otros amigos de la Associació, Samuel y Marina, que estaban “disfrutando” de este polémico Parsifal de Boulez-

Schlingensief. Después de algunos comentarios e intercambio de opiniones, escuchamos la última fanfarria de la velada y ya casi de noche nos dirigimos al hotel para cenar y descansar.

Al día siguiente, temprano, entregamos el coche y nos dirigimos en alegre caminata hasta Wahnfried, pasando por Albrecht-Dürer Strasse, Luitpoldplatz (oficina de información y turismo), Opernstrasse y finalmente por la Richard Wagner Strasse, donde, al otro extremo de la calle, está situado el museo. Estuvimos observado en edificio durante unos minutos antes de tomar la alameda que conduce hasta él -también aquí nuestras ilusiones encontraban la paz- dirigiéndonos primeramente hacia el jardín, en la zona posterior de la casa. A poca distancia de un pequeño estanque de forma circular y rodeado de altos árboles se encuentra el túmulo que guarda los restos de Richard y Cosima. Recordando la promesa pendiente de nuestra primera visita, depositamos un ramo de flores sobre la enorme losa y estuvimos un rato en respetuoso silencio.

Después de detenernos también ante las estelas de sus amados perros, Russ y Marke, que están enterrados a pocos metros de ellos, entramos en la casa. Las diferentes habitaciones y compartimentos presentan cronológicamente la vida del Maestro y algunas escenografías del Nuevo Bayreuth, llamando particularmente la atención la extensa biblioteca situada en la sala principal del edificio que es aprovechada para conciertos y audiciones.

Llegado el mediodía dejamos el museo para ir a comer al hotel.

Como hiciéramos en los demás días de representación, una vez comidos nos retirábamos a descansar un poco a la habitación para después prepararnos y dejar el hotel una hora antes de la función y acercarnos a pie hasta el Festspielhaus, ascendiendo por los cuidados jardines que lo rodean a derecha e izquierda y que empieza ya a recibir a los primeros espectadores.

Subimos al balcón donde se sitúan los músicos que interpretan la fanfarria y escuchamos la primera llamada a sus espaldas. Después dimos una vuelta alrededor del Teatro, entrando a la sala tras escuchar la segunda llamada.

Este año nos estrenábamos con el Tannhäuser de Christian Thielemann, una de las funciones más atractivas de las que tendríamos ocasión de escuchar. Pese a que el clima wagneriano que se respira en todas ellas es muy emocionante -la misma sala, su acústica, la interpretación orquestal, los coros, etc.- no llegaron en esta segunda visita a ser tan excepcionales y sentidos como aquellos primeros compases del preludio de Lohengrin que hace dos festivales estrenaron mi contacto en vivo y en directo con el Festival y cuya sensación no olvidaré nunca. En el segundo entreacto nos dijeron que estaba también en dicha representación Verena Wagner, hermana de Wolfgang y a la que teníamos intención de saludar por su amistad con miembros de la Associació y algunos amigos de Sevilla. Asimismo preguntamos por la posibilidad de visitar a la mañana siguiente el interior del Festspielhaus pues no había función pero nos comentaron que no tendrían lugar hasta finalizar el Festival. Terminada la representación, que fue musicalmente extraordinaria y después de intentar dar en vano con la nietísima, nos dirigimos a cenar al restaurante Weihestephan, en la Bahnhofstrasse, con nuestros amigos sevillanos. Durante la cena y posterior sobremesa Aurelio del Pozo, arquitecto de la Maestranza de Sevilla, nos explicó algunos de los avances y posibilidades técnicas de los teatros de ópera más modernos -que pueden hoy día realizar cambios escénicos sin necesidad de entreactos o bajadas de telón- y la posibilidad de convertir el foso de dicho teatro andaluz en algo similar a Bayreuth: es decir, escalonado hacia abajo y oculto al público.

Salimos a medianoche del restaurante y nos encaminamos hacia el hotel para echar la “espuela” que se convirtió en otra y otra cerveza más; entablemos conversación con unos catalanes del “Cercle del Liceu” y nos dieron las tantas hasta que nos cerraron el bar.

A la mañana siguiente, jueves 25, nos despertamos con una buena resaca pero dispuestos para lo que se avecinase. Teníamos dos días libres por delante y pensábamos aprovecharlos. ¡Qué dura es la vida del turista wagneriano! Tampoco intentaríamos encontrar entradas para el Tristan del viernes, sino que según lo planeado, dedicaríamos estos días para conocer lo mejor posible Bayreuth y sus cercanías.

Después de desayunar -había un cocinero que hacía las tortillas que se escaqueaba cada vez que nos veía entrar en el comedor!?!?- nos dirigimos al Teatro de los Margraves en la Opernstrasse, en pleno centro de la ciudad. Se trata de un teatro barroco construido en el pasado floreciente de la ciudad por la Margravina Wilhelmine en el siglo XVIII y que contó en su momento con el escenario más grande de Alemania, principal motivo que atrajo a Wagner a esta ciudad para el estreno de su primer ciclo de “El Anillo del Nibelungo”, desestimándolo rápidamente por su inadecuada decoración, disposición del aforo, etc. No obstante decidió quedarse aquí y construir su propio Festspielhaus, pero esa es ya otra historia...

A continuación fuimos al Neues Schloss (construido unos pocos años posterior el Teatro) en la Ludwigstrasse, que queda simétrica al otro lado de la calle o arteria principal de la ciudad, la “a veces” peatonal, Maximilianstrasse.

Admiramos toda su fachada y la estatua ecuestre del Margrave Christian Ernst que está frente a la entrada pero no llegamos a visitar sus dependencias de estilo Rococó, pues pasamos directamente al Hofgarten atravesando el patio trasero con el que comunica. Es uno de los jardines—hoy público- más bellos de la ciudad, con estanques, patos, enormes árboles, senderos y algunos bancos para descansar. Los Wagner tuvieron en su día el privilegio de pasear por él pues el rey Luis II dispuso un acceso privado -hoy peatonal- al jardín desde la parte trasera de la Villa Wahnfried.

Después de comer, hacia las cuatro de la tarde, nos acercamos a la Friedrichstrasse. Allí se encuentra situada la fábrica de pianos Steingraeber Haus y nos enseñaron paso a paso durante unos noventa minutos todo el proceso de fabricación -pura artesanía- de dicho instrumento. Fue muy interesante y a la vez duro debido a nuestro poco conocimiento de la lengua alemana, lo cual nos desanimó para el siguiente evento al que pensábamos asistir: una charla sobre la puesta en escena titulada “Libertad y fronteras”, organizada por Rüdiger Pohl, de la Asociación Wagneriana de Berlín y aconsejado especialmente por María Infiesta , a la que desde aquí pido disculpas esperando se pueda remediar en otra ocasión.

Con una ligera lluvia paseamos después sin rumbo por las calles de Bayreuth, dando con la estatua del poeta que murió en esta localidad, Jean

Paul, que el mismo año del nacimiento de Wagner escribía la profética frase en el prólogo de la obra de E.T.A. Hoffmann: “Hasta ahora el dios del sol ha concedido siempre el don de la poesía con la mano derecha y el de la música con la izquierda, a dos personas tan distintas una de otra que todavía estamos esperando a un hombre que ponga letra y música a una buena ópera”. Un poco más allá llegamos a la iglesia o Stadtkirche. Dispone de dos torres de base cuadrada coronadas por las típicas cúpulas redondeadas de las iglesias centroeuropeas. Por dentro era muy austera y sin imágenes, lo que nos hizo suponer que se trataba de una iglesia protestante y disponía de un órgano que en nuestro país no tienen algunas catedrales. Posiblemente se celebraron en esta los funerales por Wagner, allá por febrero de 1883.

Hacia las ocho, cansados, nos dirigimos al hotel y cenamos en la habitación lo que nos sobró del viaje, acompañado de un buen Rioja y pitando a la cama.

El viernes 26 dejamos temprano el hotel con intención de enviar rápidamente las postales a nuestras amistades pero tuvimos que esperar una media hora pues la oficina de correos, en la Ludwigstrasse, no abría hasta las nueve.

Inmediatamente tomamos un autobús que salía de allí cerca, en Maximilianstrasse (Markt). Durante cerca de media hora que dura el viaje, nos fuimos alejando unos 5 Km. al este de la ciudad, mientras nos adentrábamos en la campaña bávara y veíamos el Festspielhaus a lo lejos. Eran cerca de las diez cuando llegamos al Eremitage. Es una amplia extensión de terreno ajardinado rodeado en su mayor parte por el río Roter Main. Su construcción comenzó en el primer cuarto del siglo XVIII, durante el margraviato de Georg Wilhelm, finalizándose posteriormente con la Margravina Wilhelmine. Merece la pena visitarlo.

Accedimos a él por el aparcamiento y llegamos al llamado Kanalgarten, rodeado a ambos lados de los estanques y setos por un entramado de árboles en forma de túnel. Enseguida dimos con la parte central de los jardines que es donde se encuentra el Neues Schloss y el Sonnentempel, de estilo barroco y un hermoso estanque (Obere Grotte) con figuras acuáticas. No vimos

prácticamente a nadie en toda esta travesía, disfrutando tranquilamente del frescor mañanero y el canto de los pájaros. Descendimos por otro sendero pasando por Drachenhöle y un estanque alargado hasta llegar a otro, también con ninfas y otras figuras con las que se realizan a determinadas horas espectáculos acuáticos y que conocía anteriormente por fotografía. Continuamos el camino a través de un pequeño bosque hasta llegar a las Kaskaden y ascender al Altes Schloss y de aquí otra vez hacia el “Templo del Sol”. Visitamos la tienda de recuerdos y partimos para la parada del autobús.

De nuevo en Maximilianstrasse, nos dirigimos con rapidez al anticuario Hanny Kopetz situado en Branderburger Strasse. Se podría decir que es una mezcla de museo y anticuario pues en él puede encontrarse cualquier curiosidad wagneriana de buena calidad. Cientos de fotos de cantantes y personajes relacionados con este tema, programas de mano del Festival, láminas a plumilla y color de diferentes tamaños y autores, libros y un largo etc. Hanny, su propietaria, nos atendió muy amablemente mientras le enseñaba unas fotografías de Fagoaga con Siegfried Wagner en Bayreuth y otra documentación de la que se mostró muy interesada. Se nos hizo tarde y su marido tuvo el detalle de trasladarnos en su mercedes a nuestro hotel.

Nada más terminar de comer fuimos a la fábrica de cerveza Maisel, a escasa distancia de nuestro alojamiento. La visita empezaba a las dos de la tarde con una duración de hora y media, recorriendo todos los pasos de la fabricación (almacén de cebada, trigo, lúpulo, enormes calderas de cobre, fermentación y otros tratamientos, embotellado, etiquetado, etc.) de la vieja cervecería familiar, una de las más antiguas de Alemania. Finalizaba con una exposición de vasos y jarras de diferentes marcas que comercializan esta bebida y una degustación de la misma; la típica cerveza local y nuestra preferida, la “Maisel’s Weisse aus Bayreuth”, llamada también Hefe Bier o cerveza de trigo, que entra fenomenal y más si el calor empieza a molestar. Aquí la cantidad mínima se saca en vasos alargados de 0,5 litro y cuando te acostumbras a su cantidad y sabor, la “Sanmi” de toda la vida te parece un dedal de agua insípida. Afortunadamente este tipo de cerveza se comercializa en nuestros bares y puedo seguir recordando y saboreando aquellos momentos en Bayreuth. Gora Wagner!

Regresamos al hotel hacia las cuatro, descansamos un poquito y otra vez en marcha.

Ahora tocaba realizar las compras para la familia. Visitamos el Centro Comercial de la ciudad, Roter Main Center, si no recuerdo mal, situado entre el Wittelsbachring y la avenida Am Mühltürlein, y al que puede accederse también desde el caso antiguo a través de un puente metálico, y las calles más céntricas de la ciudad en busca de algún recuerdo de nuestra estancia aquí. Pastelerías, librerías, tiendas de ropa y souvenirs para acertar con un pequeño detalle para los míos.

Cansados un poco de tanto pateo, comenzamos a buscar algún sitio para cenar. Hacia las ocho dimos con un restaurante italiano en la Sophienstrasse, de cuyo nombre no me acuerdo. Regreso al hotel, otra cervecita y a dormir.

El sábado 27 fui a visitar el anticuario Bösch, próximo al hotel, en la Carl-Schüller-Strasse pero como no abrían hasta las diez, me dirigí a una tienda de discos situada en Luitpoldplatz. Es una de las pocas tiendas que pueden verse en Bayreuth dedicadas en exclusiva a este producto, además de DVD y LP. Anduvimos buscando la conocida "Schallplatte" pero ya no se encuentra en Maximilianstrasse 81 y no dimos con su paradero. Este tipo de tienda tiene también aquí sus días contados. Además del pirateo generalizado, no disponen tampoco de ningún título que no pueda encontrarse en distribuidoras como Diverdi y por supuesto a través de la venta vía Internet.

Seguí por Kanalstrasse -zona recuperada de la ciudad, con el río al descubierto; una pareja a punto de casarse estaba haciéndose aquí unas fotos- y subiendo la cuestita de Operngasse atravesé la Richard Wagner Strasse para llegar al museo Franz Liszt, casa donde falleció. Situado en la primera planta de una casa próxima a Wahnfried (Wahnfriedstrasse 9) y el museo Jean Paul, se visita en poco más de una hora, en la que estuve solo en todo momento. Y es que su yerno Richard acapara en esta localidad la gran mayoría de las visitas a los variados y numerosos museos -para una población de 70.000 habitantes- que están repartidos por ella.

Me di una vuelta por el Hofgarten, con parada en Wahnfried y a comer al hotel. Nos enteramos de los primeros cometarios rechazando la representación de la víspera, Tristan. Aparte de la inapropiada escenografía, la orquesta y el director no estuvieron muy acertados. Eiji Oue, el primer asiático en dirigir en el “abismo místico” no repetirá el año que viene.

Hacia las cinco comenzamos nuestra segunda ascensión a la Colina Verde. El Holandés errante se representa aquí en un solo acto y por ser de más corta duración comienza a las seis. Tengo que admitir que esta obra es la que menos me atrae de todo el repertorio wagneriano pero es que, entre las paranoias de Senta en esa casa asimétrica donde tiene lugar toda la acción, el holandés, los payasos marineros, el coro de hilanderas??, algo que no iba en el foso y la anciana que -descalza y olorosa- se sentaba a mi derecha; se me hizo algo intangible y seguro que más de uno hubiera abandonado la sala de no ser que las puertas se esta se cierran con llave al comienzo de cada acto. Por cierto, recuerdo que en plena función de Tannhäuser un espectador fue auxiliado a retirarse de la sala por un grave ataque de tos.

Para más Inri tuve que aguantar al listillo de turno: “A mi me aburren los coros” y había escuchado hace unos días Parsifal y Tannhäuser, el muy masoca.

Estos días también dieron como para darse cuenta de que algunas personas viajan al Festival como si fuesen a Eurodisney. Y me refiero simplemente a conocimientos mínimos que a mi entender todo aficionado que se acerque a Bayreuth y el Festival debe conocer. Todavía los hay que orgullosos de su asistencia a una obra tan especial como Parsifal les suena a estornudo el nombre de Kna y les el desconocido el de Ángel Mayo (como para santiguarse). Incluso algunos desconocen el nombre de algunos personajes de la obra que se va a representar, por no hablar de los intérpretes, que ni se han preocupado en averiguarlo. ¿Y qué es eso de visitar Wahnfried? ¿Wahnqué?

Frases como “la wagneriana comunidad de creyentes” o “la memoria colectiva festivalera” están aquí ya más que muertas; donde el Festival, en realidad un homenaje anual a su creador y fundador, Richard Wagner, se ha ganado el título de “el sitio donde peor se representa a Wagner”. Algunos afirman que el hueco dejado por la fuga de los wagnerianos más tradicionales

ha sido ocupado por estos turistas. Así y todo sigue habiendo una lista de espera cercana a los diez años y después de Wolfgang parece llegar el turno de su ya temida hija Katharina (¿Por qué no su mujer Gudrun?). Todavía es tan grande el encanto de todo el legado wagneriano de Bayreuth, que la mayoría volvemos entusiasmados de allí, admitiendo que es tal la calidad musical de la representación que son perdonables las licencias de los escenógrafos, que ya se pasan ocho pueblos. Pero, tradicional o moderno y todo bajo el control de su máximo responsable Wolfgang Wagner, ¿es esto la aproximación a la obra de arte total que buscaba Richard? De seguir así las cosas -y tienen toda la pinta- tendré que dejar de visitar el festival incluso con entrada!!

Descendimos del Teatro y hacia las nueve y media llegamos al más típico restaurante de Bayreuth, "Die Eule". Es otra realidad wagneriana que merece la pena conocer, aunque no se tenga la intención de comer aquí (1). Situado en Kanzleisstrasse, perpendicular a la más que plateada Maximilianstrasse, tiene una historia que se remonta a los años en que Wagner y Bruckner tomaban cervezas por allí. En su estrecha entrada pueden observarse algunos cuadros relacionados con óperas de Siegfried Wagner pintados por Franz Stassen; por desgracia junto a su tumba, la única referencia que he encontrado de su existencia en Bayreuth, donde vivió desde los cinco años.

En el interior hay dos comedores no muy grandes con paredes forradas de madera, aunque difícilmente visibles, porque están plagadas de fotografías enmarcadas de todos los tamaños y por lo general en blanco y negro. Son fotos en su mayoría autografiadas de cantantes que han participado a lo largo de toda la historia del Festival. Después de cenar un succulento Sauerbraten y casi vacío el local, pudimos observar tranquilamente mucho de lo allí expuesto, retrocediendo en el tiempo hasta ver algunas caras conocidas del período de entreguerras y el Nuevo Bayreuth. Espuela en el hotel y a dormir.

Domingo 28, clausura del Festival con la última representación de esta producción de Lohengrin.

Esta soleada mañana nos dedicamos a visitar el Stadtfriedhof o cementerio, situado en la Erlangen Strasse. Es el llamado cementerio viejo

donde descansan entre otros bayreuthianos, familiares y personalidades relacionadas con Wagner y que deseábamos recordar. Nada más entrar destaca la capilla de Franz Liszt en cuyo arco puede leerse: "Ich weiss dass mein Erlöser lebt" (Sé que mi redentor vive). En algunos arcos pueden verse pequeñas placas indicadoras de los más ilustres moradores. Así, muy próximo, a la derecha del anterior yacen Houston Stewart Chamberlain junto a su segunda esposa Eva Wagner. Siguiendo el camino hacia el interior descubrimos la de una de las más destacadas sopranos de los dorados años treinta, Maria Müller, a la que prometimos llevar flores en nuestra próxima visita a Bayreuth, como los viejos wagnerianos.

A pocos metros más adelante y a la izquierda se distingue un monolito con una gran cruz tallada en él. Bajo un frondoso árbol descansan los matrimonios Wagner, Siegfried y Winifred junto a Wieland y Gertrud.

Hacia las diez dejamos el cementerio para dirigirnos por la Oswald Merz Strasse, Rathenaustrasse y Wilhelminenstrasse hasta el Hofgarten, donde esperé a mis amigos mientras visitaban el museo Franz Liszt. Aproveché para pasear alrededor del parque y después de descansar en un banco situado junto al pequeño estanque del jardín de Villa Wahnfried, me acerqué por última vez al túmulo para despedirme hasta... otro Festival?

Ya conocíamos este Lohengrin por tratarse de la misma producción (Keith Warner 1996) que presenciáramos en 2002. Verdaderamente "negro como el diablo" (Ángel Mayo), pero tenía en general un buen recuerdo de aquella primera representación, mi estreno en el Festspielhaus.

En esta ocasión, tal vez por la dirección de Peter Schneider, no me pareció que aquello sonara igual y tanta oscuridad en el escenario -no amanece nunca (¿tal vez una maldición de Ortrud?)- y otros detalles a lo largo de los tres actos me decepcionaron, aunque destacaron Peter Seiffert y los coros, como siempre extraordinarios. De todas formas y por tratarse de la última representación aplaudimos hasta el final, bajando a la fila uno junto a la claraboya que cubre el foso para ver más de cerca a los que tomaron parte en la función.

Abandonamos el Festspielhaus y fuimos bajando poco a poco hacia la ciudad mientras mirábamos de vez en cuando hacia atrás para ver por última vez el Teatro iluminado. Cena en el Hotel.

A las ocho del día siguiente, lunes 29, tomamos un autobús que contratamos entre los que regresábamos a España, llegando -sin paradas- al aeropuerto de Munich hacia las diez y media. Despedidas de última hora y hasta otro año.

Regreso contento a casa pero un poco desilusionado. Hemos tenido el privilegio de pasar una semana en Bayreuth viendo un montón de cosas y con un ambiente fenomenal, aunque echando mucho de menos a la familia pues nunca he pasado tanto tiempo sin su compañía y por qué no decirlo, sin comer como sabemos hacerlo aquí; pero no vuelvo muy satisfecho por las representaciones, motivo principal del viaje. ¿A dónde tiene que ir un wagneriano si las representaciones que deberían ser modélicas en su santuario y al que se dirige en peregrinación, son motivo de rechazo o frustración? ¿Debe resignarse a ver representaciones de vídeo o DVD en su casita o asistir a representaciones aceptables en otro teatro cualquiera? Si las representaciones wagnerianas son de por sí escasas en nuestros teatros, viene luego, por lo general, el descarte de un escenógrafo que rompe nuestros esquemas y nos quedamos así sin asistir. ¿No hay solución a esto? Un aficionado necesita el contacto directo con la obra wagneriana -del Teatro- como los Caballeros del Grial una “Celebración”. ¿Se producirá un cambio de tendencia? ¿Nos llegará algún día el “puro loco”?

(1) N. del E. Se nos ha informado que “Die Eule” ha sido vendido por sus antiguos propietarios a unos señores de nacionalidad croata, lo que ha afectado al tipo de comida que se servía y parece que como consecuencia de ello el público ha disminuido. No hemos podido confirmar la noticia, pero lo indicamos por si algún lector posee información adicional.